

EL DIARIO DE CLASE... UN DIARIO PARA LA VIDA

Catarina Goldoni Ruiz

Introducción

Las reflexiones que presento en estas notas, constituyen el resultado de la experiencia de trabajo con diferentes grupos de estudiantes en el curso taller: «La comunicación como proceso de conocimiento de la actualidad social» (en adelante «Taller»). Asimismo, representa el esfuerzo de reflexión e indagación, en el contexto del «Proyecto Evaluación y Estímulo Académico», para confrontar, los problemas detectados en el devenir en el aula, con los aportes en el campo de la teoría educativa.

El propósito consiste en explorar modalidades de trabajo que propicien una participación de los sujetos de aprendizaje en los procesos de conocimiento, centrando el énfasis en la construcción más que en la transmisión de conocimiento elaborado.

El interés radica en crear y recrear técnicas y recursos de apoyo al proceso del conocer, para permitir al estudiante confrontar su proceso de transformación, con los otros estudiantes y con el profesor. Confrontación que ha de atender e incorporar lo propio de la experiencia académica, así como integrar sus experiencias de vida como miembro de una familia, comunidad, etnia, su actividad laboral, etc.

Los supuestos epistemológicos que

fundamentan el «Taller», nos permiten concebir el proceso de conocimiento como un proceso de apropiación por parte del sujeto de su cotidianidad, donde los conceptos científicos le permiten desarrollar diferentes niveles lógicos, modificando y replanteando los conceptos que espontáneamente ha elaborado en su práctica de vida ordinaria.

Desde el punto de vista psicológico, los estudios acerca del desarrollo de los procesos cognitivos nos señalan que, «*las funciones mentales (las específicamente humanas) del individuo tienen sus orígenes en la actividad social*» (Wertsch, 1993: 138), destacando por tanto como elemento fundamental de tal desarrollo, la calidad de las interacciones.

De manera que, la concepción epistemológica y psicológica que sustenta el «Taller», permite comprender y asumir la actividad educativa y la enseñanza escolarizada, como formas a través de las cuales nos apropiamos de la cultura y de la experiencia histórico-social de la humanidad.

Las exigencias teóricas y metodológicas que se desprenden de los supuestos anteriores, nos han permitido perfilar una concepción del proceso educativo y del proceso de aprendizaje, *como procesos de independización y potenciación personal y social de los sujetos en ellos involucrados. Lo cual les ha de permitir participar en las distintas esferas de la vida cotidiana en condiciones*



de interrogarla, y a partir de allí, propiciar procesos que faciliten las transformaciones que corresponden a sus propias fuerzas históricas.

Lo anterior nos ha planteado diversas interrogantes acerca de cómo tenemos que estructurar las actividades en el Aula-Taller y cuáles son los recursos didácticos y evaluativos que hagan viables tales concepciones.

La búsqueda de recursos e instrumentos de trabajo acordes con los supuestos teórico-metodológicos del «Taller», han permitido desarrollar iniciativas como EL DIARIO DE CLASE, concebido como UN DIARIO PARA LA VIDA. Experiencia que ha abierto exigencias de cambio, particularmente en lo que se refiere al sistema relacional denominado «Aula» y en cuanto a la concepción de evaluación que permita que el proceso cognitivo sea confrontado para su evaluación desde la perspectiva del sujeto de aprendizaje.

EL DIARIO DE CLASE como recurso didáctico, al posibilitar la participación de los sujetos de aprendizaje, exige y amerita reflexionar acerca de las relaciones entre profesores y estudiantes, así como explicitar la lógica que subyace al sistema de relaciones que constituyen y definen el «Aula». De este modo, será posible crear contextos de interacción significativos que estimulen y potencien el desarrollo personal y social de los sujetos involucrados en ese sistema relacional.

Por otro lado, EL DIARIO DE CLASE como recurso evaluativo, posibilita hacer de la evaluación un proceso permanente, que estimule e impulse los procesos cognitivos y el aprendizaje significativo.

EL DIARIO DE CLASE: algunos alcances teóricos

Diversos autores, quienes se han preocupado por estudiar los problemas vinculados al desarrollo de los procesos cognitivos (atención voluntaria, memoria lógica, desarrollo conceptual, desarrollo de la volición, pensamiento, lenguaje, etc.) y la incidencia de la educación escolarizada en los mismos, señalan la importancia de tener presente que las funciones mentales superiores están mediadas por instrumentos y signos.

En este sentido, Vygotsky (1896-1934), uno

de los autores estudiados y cuyos planteamientos y escritos fueron retomados por diversos investigadores desde la década del 50, propone como tesis básica que *«la actividad humana (tanto en el plano interpsicológico cuanto en el plano intrapsicológico) solo puede ser entendida si se toman en cuenta los instrumentos técnicos y los instrumentos psicológicos o signos que median esa actividad. Esas formas de mediación constituyen el factor fundamental que la configura y define»* (Wertsch, 1993: 139). Las indagaciones de Vygotsky en lo sociocultural lo llevan a enfatizar el *lenguaje* como un elemento fundamental en el desarrollo humano y, por tanto, en los procesos educativos formales y no formales. El lenguaje para este autor, constituye una herramienta sustantiva que permite a las personas interactuar y transformar su actividad.

Con base en estas proposiciones, poner en práctica la realización de EL DIARIO DE CLASE, constituye una oportunidad para que el estudiante ejercite *«el lenguaje como actividad comunicativa o habla, y no como sistema separado de su uso»* (Wertsch, 1993: 140). De esta manera centraremos la atención en el modo en que el habla se interrelaciona con otros aspectos de la actividad social e individual, abriendo nuevas posibilidades y alcances a la actividad comunicativa.

EL DIARIO DE CLASE, asumido como un DIARIO PARA LA VIDA, posibilita al estudiante para que progresivamente tome conciencia de las formas de mediación que ha ido incorporando a lo largo de su experiencia de vida, de los contenidos de esas formas de mediación y pueda así objetivar *«la trama subyacente en cuyo seno se produce el desarrollo conceptual»* (Wertsch, 1993:141).

¿Qué es EL DIARIO DE CLASE?

Es una actividad de escritura en donde el estudiante se apropia poco a poco de su proceso de conocimiento, en tanto él tiene total libertad para escoger qué es lo que quiere decir o expresar para recuperar las vivencias, el análisis y los diálogos desarrollados en clase, acorde con lo que para él resulta significativo. Significatividad que refiere esa experiencia particular en el aula, con el contexto más amplio (social, cultural e histórico), en el cual el estudiante

construye su identidad personal y social. Asimismo, el grado de significatividad se va modificando conforme el estudiante va desarrollando la capacidad de discriminar, relacionar y seleccionar, es decir, conforme desarrolla y profundiza su juicio crítico.

Es un recurso que posibilita el desarrollo conceptual, dado que exige discriminar, constituye los conceptos claves a partir de los cuales, recuperar y reconstruir los temas básicos abordados en las sesiones de trabajo.

EL DIARIO DE CLASE, permite al estudiante centrar la atención en los procesos que median el logro de un resultado, más que en el producto final y, por tanto, aprende a no quedarse en la mera repetición de lo dicho por el profesor o lo planteado por el autor de un texto, valorando los aportes personales y los de sus compañeros. Es decir, facilita la internalización de los procesos cognitivos mediante la comprensión de lo que el sujeto hace, piensa, desea y propicia la asimilación teórica requerida para los procesos de síntesis.

EL DIARIO DE CLASE constituye un puente cognitivo que permite un enlace entre una sesión y la siguiente, dado que en el «Taller», el trabajo se inicia con la lectura de unos tres o cuatro diarios. Realizada la puesta en común se abre un período de intervenciones, para hacer colectivamente el análisis y la evaluación de lo propuesto como síntesis del trabajo. Es común encontrar en esos primeros ensayos escritos un carácter más descriptivo que analítico e integrador, no obstante, conforme avanza el proceso de aprendizaje se va apreciando el cambio cualitativo que implica una síntesis integradora, así como el manejo conceptual que se va operando con la incorporación del instrumental teórico-metodológico que el «Taller» propone y requiere.

El docente: un agente potenciador de la participación

En el empleo de este recurso didáctico y evaluativo, el docente se constituye en un guía y orientador en caso de duda y es importante que trate de diferir su criterio, para potenciar seguridad en el trabajo que realiza el estudiante.

Ladimiro Urdaneta, educador venezolano y

uno de los autores consultados, hace referencia explícita a EL DIARIO DE CLASE como un recurso de evaluación integral y cuyas reflexiones sobre los alcances del mismo compartimos. Particularmente nos parece que este recurso propicia una serie de condiciones que permiten hacer del proceso de aprendizaje un proceso «*que conduce a un cambio en el significado de la experiencia*» (Novak y Gowin, 1988: 13).

Para evaluar esta actividad, es importante que el docente tome en cuenta el esfuerzo realizado para escribir, el tiempo empleado, la constancia en la realización de esta tarea, además de aspectos como la seguridad, la estima personal, la capacidad para expresar ideas, la coherencia y pertinencia de ejemplos y relaciones, la incorporación de los aportes de ideas, las opiniones y los conceptos expresados por los otros miembros del grupo.

Tal como señala Urdaneta, EL DIARIO DE CLASE permite, tanto a estudiantes como a docentes, desarrollar un pensamiento crítico particularmente hacia el lenguaje y los alcances de la expresión oral y escrita en el proceso de aprendizaje. Facilita el cuestionamiento de lo que hacemos y/o dejamos de hacer, asimismo, pone en evidencia las diversas formas en que cada uno logra resultados comunes.

EL DIARIO DE CLASE demuestra ser un recurso de fundamental importancia para la concreción de la evaluación como proceso permanente y donde el estudiante tiene la posibilidad de ser realmente sujeto del proceso educativo, en tanto, la síntesis integradora que en él realiza, le permite ir descubriendo y valorando su capacidad para «*dar sentido a los hechos y objetos que constituyen su experiencia en el mundo*» (Novak y Gowin, 1988: 117).

El aula como sistema relacional. Una reflexión crítica

EL DIARIO DE CLASE, según hemos apuntado, es un instrumento que posibilita construir y reconstruir los procesos que se desarrollan en las actividades de aprendizaje, así como confrontar los significados a ellos atribuidos desde la perspectiva del sujeto que lo elabora.

En nuestra experiencia en el «aula» hemos

podido comprobar diferencias en la participación (diferencias en lo conceptual y en los conocimientos adquiridos) mediadas por la procedencia geográfica, la condición económica y el acervo cultural. Diferencias que en el caso del «Taller», dados sus supuestos epistemológicos y pedagógicos, no pueden pasar desapercibidas, por el contrario, debemos partir de esas realidades diversas para enriquecer los significados a negociar y facilitar la integración entre el aprendizaje de los conceptos científicos y los conceptos cotidianos y espontáneos.

Los alcances y las posibilidades que abre el empleo de EL DIARIO DE CLASE, asimismo considerando las diferencias cognitivas y contextuales de los participantes en el «Taller», se hace necesario contar con un contexto relacional, en el cual los sujetos de aprendizaje participen en condiciones de igualdad y en donde se valoren las experiencias de cada quien según sus particularidades personales, sociales y culturales. Un clima de respeto e igualdad, que posibilite la negociación de significados y el cuestionamiento de lo que los media y matiza, requiere de una reflexión acerca de las relaciones entre profesores y estudiantes, así como de los supuestos que subyacen en nuestras actitudes básicas en el aula.

Armonía en lo diverso y heterogéneo

Podríamos iniciar esta reflexión interrogándonos cómo es que comúnmente nos acercamos al «aula» profesores y estudiantes, cuáles son nuestras expectativas e intereses y cómo las conciliamos si es que lo hacemos.

El profesor o docente cuando se dirige al «aula» por primera vez, lo hace con la certeza y la convicción de que lo previsto y planificado por él al preparar el curso es lo que el estudiante requiere para ascender en la espiral del conocimiento. Dado lo anterior, procede a presentar el programa, expone los objetivos, los contenidos y las actividades, etc., es decir, explicita toda la secuencia de experiencias que permitan alcanzar «*la eficiencia social*» (Ruiz, 1992: 135).

El otro componente de este sistema relacional que se comienza a configurar es: el estudiante, quien se acerca al aula con ciertas ideas y actitudes hacia el curso y hacia el profesor, mediadas



por la experiencia educativa propia y la de otros estudiantes, a quienes interroga, asimismo, incorporando el bagaje de conocimientos y experiencias de vida, en tanto es sujeto de conocimiento y partícipe de una práctica social determinada.

Analíticamente es importante poner atención al hecho de que en estos primeros encuentros, el estudiante centra su interés inmediato en indagar qué debe hacer para aprobar el curso, cuántos exámenes, trabajos escritos, exposiciones deberá rendir, reduciendo la evaluación al cumplimiento de esos requisitos y a la cuantificación numérica que representa la nota. Dejando en un plano secundario los propósitos e intencionalidades del curso, así como su fundamentación epistemológica y metodológica.

Estas formas distintas de acercarse al «aula» por parte de quienes van a ser los actores y protagonistas de lo que en ella suceda, estas ideas, certezas e intereses *evidencian que bajo la aparente uniformidad que observamos en un salón de clase: un profesor que enseña y un conjunto de alumnos que aprende, se esconde la diversidad y la heterogeneidad* como resultado de experiencias, vivencias y elaboraciones conceptuales-particulares, que cada sujeto ha ido configurando en el devenir de sus cortas o largas vidas. Diversidad y heterogeneidad se constituyen así en características de un salón de clase que deben ser privilegiadas e incorporadas en las actividades a realizar, para ser capaces de estructurar relaciones contextuales significativas donde se privilegia

la diferencia, la discrepancia más que propiciar la uniformidad.

Construir este sistema relacional que denominamos «aula», trascendiendo los límites de lo que es un espacio físico hacia un ambiente psíquico-afectivo que integre y faculte una educación para la vida, intencionalidad básica en el «Taller», supone partir del hecho de que llegamos a ese espacio con conocimientos y experiencias previas, tanto estudiantes como profesores.

Surgen aquí algunas interrogantes, que ameritan ciertas acciones y determinaciones para afrontar esta realidad. La primera de las interrogantes se propone dilucidar cuán conscientes somos los profesores de esta situación; la otra y no menos importante se refiere a si los conocimientos previos de los estudiantes han de ser tomados en cuenta para reformular y adecuar lo previsto y planificado previamente, o bien, el programa se desarrolla, considerando a los estudiantes tábulas rasas.

Otras interrogantes que se nos plantean tienen que ver con las posibles soluciones. ¿Se resolverá este problema con un diagnóstico de entrada, en el cual mediante unas cuantas preguntas, el profesor indaga el nivel de conocimiento que poseen los estudiantes sobre temas o contenidos del programa?, o bien, ¿tendremos que interrogarnos acerca de las representaciones mentales, las configuraciones cognitivas y los modelos conceptuales, así como los significados particulares que les atribuyen los estudiantes?

El problema planteado exige generar un proceso de explicitación de tales representaciones mentales y del grado o nivel de desarrollo cognitivo, cuyo énfasis tiene que conducir a preocuparnos no tanto de los procesos psicológicos en sí, como de su significado y contenido. Algunos autores llaman la atención en ese sentido y nos dicen que en relación con «*la percepción, la memoria, la motivación, el pensamiento y aprendizaje, tenemos que preocuparnos por su contenido: aquello que se percibe, se desea, se teme, se piensa, o se adquiere como conocimientos y el modo en que la naturaleza de este material psicológico cambia según la exposición de la persona al ambiente y su interacción con él*» (Bronfenbrenner, 1987: 29).

Se perfila aquí claramente la importancia en

el ámbito educativo de las interacciones y las relaciones contextuales, que permitan propiciar procesos de conocimiento y aprendizaje significativos. Implica prestar atención a lo vincular, lo relacional y lo subjetivo que ocurre en el aula y su contexto más amplio, la práctica social y la experiencia cotidiana, que permita recuperar la capacidad reflexiva de las ciencias.

«*Las ciencias enseñan hoy un saber-hacer que consiste en el poder de disponer de la realidad. Pero este saber-hacer nada tiene que ver con el saber-vivir y el saber-actuar de quienes lo alcanzan. Ambos órdenes se han separado. Y por eso se puede llegar a ser un excelente jurista, demógrafo o profesor, en términos profesionales de un saber-hacer, pero al mismo tiempo ser “una calamidad como persona”*» (Ruiz, 1992: 147).

He aquí, un punto de partida que nos exige una relación diferente y una perspectiva más amplia, para comprender los elementos que mediatizan las actividades de aprendizaje y las posibilidades de desarrollo cognitivo de los involucrados en la práctica educativa. Punto de partida que nos faculta, para propiciar procesos relacionales que garanticen la diversidad, la heterogeneidad y el cambio en el salón de clase.

La evaluación: recurso fundamental para el cambio en el aula

En este esfuerzo por crear contextos relacionales significativos para los sujetos de aprendizaje, así como el empleo de recursos didácticos como EL DIARIO DE CLASE, abordar la reflexión sobre la evaluación, adquiere un significado fundamental.

Evaluar tiene que constituirse en una estrategia para observar cómo se involucran los sujetos en el proceso de aprendizaje, establecer su progreso y, además, tomar decisiones que permitan rectificar o cambiar el ritmo de las actividades propuestas. Proceso de confrontación que debe hacerse en el marco de los objetivos y las finalidades que corresponden con el proceso de formación educativo general, el cual busca atender las exigencias sicionaturales y culturales en que vivimos, actuamos y nos proyectamos a futuro.

Como señalamos en párrafos anteriores, la importancia y significación de las interacciones,

los contextos y el elemento mediador que es el lenguaje, es preciso incorporar en las estrategias e instrumentos de evaluación aspectos como «*la espontaneidad, la imaginación, las preguntas realizadas por los estudiantes, las investigaciones llevadas a cabo por los mismos, la expresión, el conocimiento previo y algunos otros aspectos que pudieran ser considerados como subjetivos pero que sin duda, no serían más subjetivos que la selección caprichosa de preguntas sobre ciertos tópicos previamente seleccionadas por el docente, en una forma completamente arbitraria*» (Urdaneta, 1992: 101).

En este sentido, el autor citado nos dice que «*evaluar es estimar y apreciar el empeño con que un alumno realiza sus tareas*», y si el salón de clase se nos presenta integrado por un conjunto de sujetos quienes se caracterizan por la diversidad de experiencias, percepciones, expectativas y conocimientos, la evaluación tiene que corresponder con esas características y condiciones, para construir un espacio de trabajo, en el cual se respete y valore a cada persona en cuanto tal, y poder así apreciar y estimar las particularidades en el desempeño de tareas y actividades de cada sujeto de aprendizaje.

Lo anterior significa que no podemos emplear fórmulas preestablecidas, sino que tendremos que organizar el proceso de trabajo en el aula, de modo que los estudiantes participen en la definición de posibles actividades, para realizar un tipo de evaluación más amplia y significativa.

Al docente le corresponde planificar, en el sentido de organizar coherentemente, observar y diagnosticar para confrontar según una opción teórica, cómo se va desarrollando el proceso y aportar criterios orientadores a los estudiantes, de manera que se les dé la oportunidad de «juzgar»

y «apreciar» las tendencias de su proceso de aprendizaje y el nivel de conocimiento alcanzado.

Lo importante en este replanteamiento del significado y papel de la evaluación, es que en la medida que se asuma como proceso permanente, cuya función general es el reconocimiento de logros y obstáculos en el proceso de enseñanza-aprendizaje, se constituye en la posibilidad real de facilitar la apropiación por parte del sujeto de su

proceso cognoscitivo. Por tanto, no puede ser realizada al final, para sancionar y castigar, ni como momentos aislados para evaluar una parte del proceso de aprendizaje, sino como una actividad permanente que garantice el cambio y la superación cualitativa de los sujetos.

El proceso de evaluación, y la actividad específica de valorar el proceso de trabajo dentro de este replanteamiento, no puede recaer sólo en el profesor, sino que debe asumirse con responsabilidad también por el estudiante.

Crear espacios para la autoevaluación, donde el estudiante aprenda a percibir y, por

tanto, aprenda a valorar sus progresos y/o limitaciones, constituye una posibilidad para desarrollar compromiso y responsabilidad.

En síntesis, la experiencia de trabajo en el «Taller», nos ha permitido ir creando condiciones objetivas y subjetivas en el «Aula», que posibilitan un cambio cualitativo y significativo, particularmente con recursos como EL DIARIO DE CLASE, que potencian el desarrollo cognitivo, volitivo y emotivo de los estudiantes.

Además, EL DIARIO DE CLASE posibilita una evaluación más justa e integral, replanteando la dimensión relacional profesores-estudiantes para abrir espacios de libertad, imaginación y creatividad en el trabajo académico.



BIBLIOGRAFIA

- Atria, Raúl. «La educación superior desde el mundo de la vida». En: **Estudios Sociales** n° 78. Chile. 1993.
- Bronfenbrenner, Urie. **La ecología del desarrollo humano**. Paidós. México. 1987.
- Cole, M. et al. **El desarrollo de los procesos psicológicos superiores**. Editorial Grijalbo. Barcelona. 1978.
- Novak, J.; Gowin, B. **Aprendiendo a aprender**. Ediciones Martínez Roca. España. 1988.
- Ruiz, Juan. «La actitud teórica en las ciencias de la educación: análisis y propuestas». En: **Estudios Sociales** n° 71. Chile. 1992.
- Serrano, Augusto. **Los caminos de la ciencia. Una introducción a la epistemología**. DEI. Costa Rica. 1988.
- Urdaneta, Ladimiro. **La evaluación desde una perspectiva integral**. Primer Congreso de las Américas sobre Lectoescritura. Venezuela. 1992.
- Vygotsky, Lev S. **Pensamiento y lenguaje. Teoría del desarrollo cultural de las funciones psíquicas**. Editorial La Pléyade. Argentina. 1981.
- Wertsch, James V. «La voz de la racionalidad en un enfoque sociocultural». En: **Vygotsky y la educación** (autores varios). Aique Grupo Editor. Argentina. 1993.